

CAPITALISMO Y FASCISMO

Capitalism and Fascism

HENDRIK WALLAT*

h.wallat@ish.uni-hannover.de

Fecha de recepción: 6 de abril de 2021

Fecha de aceptación: 16 de octubre de 2021

RESUMEN

La relación entre capitalismo y fascismo es el objeto de análisis de este artículo. Dicho análisis se realiza desde la perspectiva de una crítica materialista de la dominación capitalista. Esto no consiste simplemente en derivar el fenómeno del fascismo de la socialización capitalista y sus crisis, sino en mostrar que el nacionalsocialismo es más bien un resultado posible de su historia, que ni se hizo realidad en suelo alemán por casualidad, ni que surge de él, por así decirlo, por ley natural. Más bien, en la historia alemana de la socialización capitalista se procesaron sus tendencias generales de manera especialmente destructiva en la primera mitad del siglo XX, en una destrucción finalmente emancipada de toda racionalidad económica.

Palabras clave: capitalismo, fascismo, nacionalsocialismo, Neumann, Horkheimer, materialismo crítico.

ABSTRACT

The relationship between capitalism and fascism is the subject matter of analysis of this article. This analysis is carried out from the perspective of a materialist critique of capitalist domination. This does not consist simply in deriving the fascism from capitalist socialization and its crises, but in showing that National Socialism is rather a possible result of its history, that it did not become a reality on German soil accidentally, nor that it arises of him, as it were, by natural law. Rather, in the German history of capitalist socialization its general tendencies were processed in an especially destructive way in the

* Universidad Leibniz de Hannover, Alemania.

Este texto es una versión revisada del capítulo del mismo nombre de H. Wallat (2015: 244-254). No hay diferencias en el contenido la exposición. Sin embargo, he intentado remediar el carácter de *work-in-progress* que tiene en el libro, que me pareció muy chocante en retrospectiva. También he añadido una nota sobre el estatus científico-teórico de la investigación histórica desde una perspectiva crítico-materialista.

first half of the 20th century, in a destruction finally emancipated from all economic rationality.

Keywords: capitalism, fascism, national socialism, Neumann, Horkheimer, critical materialism.

“Quien no quiera hablar de capitalismo debe callar también sobre el fascismo” (Horkheimer 1988: 308s.) es una de las frases más famosas de Max Horkheimer. La cuestión de la relación entre el capitalismo y el fascismo siempre ha estado en el centro de las teorías materialistas del fascismo como una cuestión particular de la determinación de la relación entre economía y política en la sociedad capitalista moderna. La discusión sobre el fascismo en el *Instituto de Investigación Social* (cf. Gangl 1987: 168 y ss., Braunstein 2011: 129 y ss., Hirsch 2014) giró en torno a la cuestión, que se retomará más adelante, de si el nacionalsocialismo puede seguir entendiéndose como un sistema de gobierno capitalista y pensarse adecuadamente en el marco de la teoría marxiana. Friedrich Pollock y Max Horkheimer partían del así llamado “primado de la política” y de que se trataba de una fase de la dominación cualitativamente nueva de “capitalismo de Estado”, mientras que Franz L. Neumann subrayó la continuidad capitalista en el nacionalsocialismo.¹

En comparación con el análisis rico en materiales de Neumann, los estudios de Pollock y Horkheimer son problemáticos tanto desde el punto de vista empírico como teórico. En el nacionalsocialismo no existió en ningún momento un capitalismo de Estado que se reprodujera sin dificultades. En vez de eso, se produjo un “desbarajuste de competencias” por la “privatización del Estado”, cuya economía política se caracterizó por la “ineficacia, la falta de plan, el descenso de los rendimientos y la decadencia” (Peukert 1982: 50, en referencia al *Behemoth* de Neumann). Y la insinuación de que el poder político sustituye al beneficio económico

¹ Retomando las investigaciones de su amigo Friedrich Pollock, Horkheimer describe la constitución de las sociedades desarrolladas contemporáneas a principios de los años 40 como un “capitalismo de Estado” que había “eliminado el mercado” en favor de la planificación burocrática (Horkheimer 2003: 294). Sin embargo, su propia teoría del fascismo no es idéntica a la de Pollock, como Asbach ha podido mostrar en su excelente estudio sobre la fase de constitución de la teoría crítica de Horkheimer. Aunque Horkheimer también utilizó el concepto de capitalismo de Estado, que fue duramente criticado por Franz Neumann, lo incorporó a sus tesis sobre el dominio de los *rackets* (cf. Asbach 1997, 246 ss.), que tienen mucho en común con el análisis de Neumann sobre el nacionalsocialismo como un *Behemoth* caótico (cf. 228 ss.). Sin embargo, Horkheimer comparte con Pollock el supuesto de que se estaban estableciendo formas de dominación cualitativamente nuevas, cuya aparición puede ser explicada por la *Crítica de la economía política*, pero cuya esencia ya no puede ser captada sin dificultad en sus categorías.

-que en el caso de Horkheimer lleva una carga de filosófica de la historia especulativa: “El afán de lucro termina hoy en lo que siempre ha sido: en el afán de poder social” (Horkheimer 1988: 314)- es también insostenible (cf. Postone 2003: 150ss.). Sin embargo, los análisis de Pollock y Horkheimer, que básicamente continúan a su manera la teoría del imperialismo de Lenin, dan con un “verdadero problema” (Schäfer 1984: 710; cf. 711s.), que se desprende de la propia definición que hace Neumann de la economía nazi. Si se aplican los estándares de la crítica de la economía política, dicha economía solo podría pasar por capitalista gracias a muchas mediaciones: “Es una economía de monopolio -y una economía de mando. Es una economía capitalista privada regulada por un Estado totalitario”. (Neumann 1984: 313)

I

Detrás del fascismo está el capital, se decía a menudo de forma enfática. Y por capital o bien se entendía los capitalistas que pagaban a las bandas fascistas de asesinos para aplastar al movimiento obrero, o bien se identificaba la crisis inmanente al capital como el origen del fascismo. Si el primer supuesto personalista apenas puede sostenerse hoy en día², ya que ha sido ampliamente refutado, el segundo diagnóstico de la crisis sigue teniendo importantes argumentos a su favor. El fascismo fue sin duda el producto de la socialización capitalista y de sus crisis. Su origen socioeconómico fue un capitalismo desarrollado cuyas relaciones de producción y

² La historiografía de la República Democrática Alemana (RDA), en particular, ambicionaba señalar a los grandes círculos capitalistas que supuestamente habían construido y utilizado el fascismo en su propio interés. Este “historicismo o positivismo de izquierdas” (Hennig 1974: 140) se basa en una comprensión reduccionista de la conexión entre la socialización burguesa-capitalista y el fascismo (cf. Hennig 1974: 153; Hoffmann 2009: 452s.). Desgraciadamente, la investigación de la RDA sobre el fascismo, que era ejemplar en su fundamento empírico -me vienen a la mente los trabajos de Dietrich Eichholtz y Kurt Pätzold- sufrió, como toda la extremadamente productiva erudición histórica del campo marxista soviético, limitaciones político-ideológicas extremadamente improductivas. Indirectamente y en contra de las seguridades ideológicas, por ejemplo, son precisamente las investigaciones y la teoría de los grupos monopolistas en el marxismo del bloque del Este, sobre todo las destacadas investigaciones sobre la economía de guerra de Dietrich Eichholtz (cf. Hennig 1974: 155s.; Schäfer 1984: 757s.), las que demuestran que no se llega muy lejos con la ecuación fascismo = dictadura terrorista de los elementos más reaccionario del capital (financiero). En su ensayo *Fascismo y economía. Sobre los problemas del desarrollo de las relaciones de producción bajo la dictadura fascista*, que resume los resultados esenciales de la investigación, Eichholtz trata de refutar su propia concepción de que el “edificio de la esclavitud monopolista de Estado” (1980, 62), junto con su “coacción no mediada”, es posiblemente una forma de explotación “cualitativamente nueva” (64) en comparación con el capitalismo.

propiedad entraron en una crisis fundamental: crisis de acumulación, lucha de clases, “peligro” del socialismo. En este sentido, el fascismo puede entenderse como un intento imperialista-terrorista de resolver una crisis capitalista fundamental, que no resuelve las contradicciones socioeconómicas y los conflictos políticos subyacentes, sino que los reprime con violencia interna y externa. La dictadura y la (economía de) guerra fueron la estrategia fascista para resolver la crisis. Esto no pretendía abolir la propiedad privada de los medios de producción y el derecho al beneficio, ni expropiar o liquidar a los que dominaban económicamente o abolir las coacciones de la valorización capitalista. La explotación impuesta de la fuerza de trabajo y la destrucción agresiva del movimiento obrero socialista, por otra parte, estuvieron desde el principio en el vértice del programa económico y político de los nacionalsocialistas: “Nunca me alejaré de la tarea de erradicar de Alemania el marxismo y sus fenómenos colaterales, y nunca estaré dispuesto a transigir en este sentido”. (Hitler 10.2.1933, citado en Rotermundt 1980: 175).

Después de años de keynesianismo armamentístico agresivo, las leyes del modo de producción capitalista se manifestaron abiertamente y presionaron desde el punto de vista económico a la dominación basada en el terror hacia el imperialismo y el robo, que no obstante eran ya el objetivo declarado del movimiento fascista desde el principio. La crisis de la economía capitalista “no fue realmente resuelta por el nacionalsocialismo, sino más bien desplazada y aplazada” (Saldern 1983: 86) por medio de una política armamentística fanática, que por un lado daba al capital beneficios a corto plazo, pero por otro lado solo estaba cubierta económicamente desde el principio por una futura guerra de robo y conquista. La guerra fue la solución a las contradicciones económico-políticas constitutivas del nacionalsocialismo, cada vez más explosivas y acuciantes –originalmente, los dirigentes del Tercer Reich no preveían el inicio de la expansión bélica hasta 1942–, que le eran inherentes desde el principio (cf. Hoffmann 2009: 459 ss. y 500 ss.; Saldern 1983).

Este estado de cosas demuestra que la “dicotomía de la contraposición mecánica y no dialéctica de un ‘primado de la política’ y un ‘primado de la economía’” (Henig 1973: 158; cf. Schäfer 1984: 725s. y 731s.) es tan inapropiada para su objeto (cf. Kershaw 1999: 80ss.) como la de intención y estructura (cf. 112ss.). Mucho antes de la toma del poder por los nacionalsocialistas, la guerra era el objetivo de los círculos dirigentes del ejército y la expansión imperialista una preocupación compartida por importantes sectores del gran capital, y otro tanto la destrucción del movimiento obrero. El empeño nacionalsocialista por alcanzar el poder mundial, que

tenía su origen en la ideología racista, coincidió consiguientemente con los intereses “más racionales” de las élites dirigentes tradicionales: “Los círculos imperialistas de la sociedad alemana encontraron en el NSDAP el aliado adecuado para ganar la base de masas necesaria para el imperialismo. Esto no significa que el nacionalsocialismo fuera un mero instrumento servil de la industria alemana, sino que la industria y el NSDAP compartían los mismos objetivos en cuanto a la expansión imperialista.” (Neumann 1984: 232; cf. Breuer 1985: 219 ss.) Contando con esto, las élites políticas y económicas tradicionales entraron en una atrevida alianza –ciertamente de forma indirecta–, ya que en las condiciones de una sociedad de masas moderna no podrían alcanzar sus objetivos sin aquel movimiento de masas (cf. Rotermundt 1980: 32 ss.; Hoffmann 2009: 414 ss.) que el fascismo les proporcionaba: “Con la solución política de la crisis económica y política impuesta en la coalición con el NSDAP, la burguesía desencadenó una dinámica económica y social que no solo hizo posible sino incluso necesaria la autonomización de la política y a continuación permitió a los nacionalsocialistas que ahora ejercían el poder político convertir la política racial y más tarde la política de exterminio racista y de preparación de la guerra en el eje de la política en general.” (Hoffmann 2009: 484s.)

El fascismo utilizó su nuevo poder para perseguir sus principales objetivos políticos: el imperio mundial, el exterminio de los judíos y la comunidad étnica (*Volksgemeinschaft*). Y lo hizo de modo consecuente a la manera del nacionalsocialismo alemán, pero en ningún caso libre de las coerciones estructurales económicas, sociales y políticas sobre las que ni Hitler por sí solo ni el aparato de su partido tenían el control soberano. Aunque el significado del antisemitismo y la ideología racial son fundamentales para la política nacionalsocialista, su realización y dinámica concretas no pueden derivarse simplemente de los delirios ideológicos del *Führer* y sus seguidores. Lo que impulsaba ideológicamente a los nacionalsocialistas, lo que pretendía su voluntad política, todo ello estaba sin duda íntimamente “interrelacionado” con los “factores estructurales’ socioeconómicos del régimen nazi” (Kershaw 1999: 144), que producían sus propias coerciones a la acción, pero que no eran la razón real –solo el cómo y el cuándo– de la *voluntad* fascista de guerra y aniquilación: “De esta manera, en medio de la continuidad de la dominación capitalista, se produce ese ‘cambio de forma en la esfera de la política’ que, sobre la base de una renuncia a la reproducción calculada y asegurada a largo plazo de un sistema capitalista, llevó a cabo una división del trabajo entre terror fascista, política fascista de

guerra y los beneficios extra para las consorcios estratégicamente relevantes para la guerra dentro de un capitalismo monopolista.” (Hennig 1974: 161; cf. 1982: 38s.)

No obstante, a esta argumentación se le pueden hacer parcialmente objeciones que responden a su carácter funcionalista. Aunque no abolieran la propiedad privada, el capitalismo no era sagrado para los fascistas. El discurso “económico” nacionalsocialista lo demuestra (cf. Breuer 2001: 225 ss.). Si el ala nacional-revolucionaria de la vertiente estatal-socialista, radicada principalmente en las SA y representada de forma destacada por los hermanos Strasser, constituía uno de los extremos, el ala no menos importante, que despreciaba los eslóganes anticapitalistas, constituía el otro. Fue, como en otros casos, el sincretismo ideológico de Hitler el que unió las contradicciones. La competencia individual y la propiedad privada eran para él, de acuerdo con su actitud social darwinista, garantes de la prosperidad económica; no pensaba en abolirlas. Sin embargo, la valorización del valor no era un fin en sí mismo, al igual que la lucha contra los plutócratas y los ricachones burgueses no era mera demagogia embaucadora. El potencial de la dinámica capitalista se subordinó a un propósito superior: la militarización de la sociedad y la expansión imperialista. Para Hitler, la verdadera lucha competitiva no era económica sino racial. Para ganarla, Hitler intervino en la autonomía privada de los sujetos económicos, que era sagrada para el pensamiento burgués clásico, sin por ello hacer tambalear el principio de la propiedad privada, interpretado y afirmado en términos social-darwinistas, y el principio del beneficio. Así, bajo el nacionalsocialismo, se restringió el trabajo asalariado libre y la realización del beneficio no solo tuvo lugar a través del rodeo de la producción privada, sino que se subordinó crecientemente a las directivas políticas, por lo que no solo los trabajadores, sino a veces también los capitalistas fueron acosados políticamente. Al final, el nacionalsocialismo trató de establecer cada vez más su propia base socioeconómica, aunque no se dirigió *per se* contra las antiguas élites económicas: “Quienes practican la violencia se convierten cada vez más en empresarios y los empresarios en partícipes de la violencia. [...] Pero los terroristas no quieren basar su poder solo en la violencia, quieren anclarlo en la producción industrial”. (Neumann 1984: 660s.) Además, los fascistas no permitieron en ningún momento que la clase económica dominante dictara su política, llegando a situar la empresa de exterminio antisemita por encima de la explotación del trabajo y las consideraciones de estrategia bélica. Al final, el delirio político-ideológico prevaleció sobre el cálculo económico, lo que no absuelve de complicidad a las élites económicas, que extrajeron todo el bene-

ficio que pudieron de la guerra depredadora, la esclavización de los pueblos y el exterminio de los judíos (cf. Kershaw 1999: 107 ss.).

En resumen, se puede afirmar que el derecho y el Estado racional, que forman parte de la relación del capital, se vieron cada vez más interferidos y destruidos en favor del *Führer* y el movimiento. La dualidad brillantemente analizada por Ernst Fraenkel entre el Estado normativo y el Estado de prerrogativas –que probablemente necesita ser revisada en algunas partes, como opina Breuer (2004), quien discute críticamente la tesis del *Estado* dual en conexión con Franz Neumann y Max Weber– se disolvió a favor de este último en el transcurso del gobierno nazi; por cierto, que el Estado normativo o de derecho en principio siempre está a disposición cuando existe al mismo tiempo un Estado de prerrogativas, es algo que estaba claro para Fraenkel (cf. Fraenkel 1974: 136). El dominio abstracto del capital y el Estado de derecho fueron sustituidos de nuevo por relaciones directas de dominación y violencia, que amenazaban su propia base capitalista y solo podían entenderse como una “forma en descomposición de la dominación burguesa” (Schäfer 1984, 695): “Al abolir la separación entre la sociedad y el aparato estatal burocrático-racional desarrollada en el siglo XIX, el sistema de gobierno nazi también abolió la base de la unicidad del aparato estatal y el monopolio estatal del uso de la fuerza en favor de autoridades y gobernantes que competían entre sí. [...] En este sentido, el fascismo tiende a ser, en palabras de Franz Neumann: Behemoth – No-Estado”. (Peukert 1982: 49) Bajo el nacionalsocialismo la racionalidad específicamente capitalista y su expresión en el Estado y el derecho fueron destruidas junto con sus efectos emancipadores (subjetividad libre e igual en derechos y ciudadanía estatal). Cada vez más, la comunidad étnica (*Volksgemeinschaft*) ya no estaba mediada por la forma del valor y el derecho, sino por el terror, la propaganda y la arbitrariedad del *Führer*, que sin duda chocaban repetidamente con límites sociales y económicos: “Me atrevo a decir que se trata de una forma de sociedad en la que los grupos dirigentes controlan directamente al resto de la población, sin la mediación del aparato coercitivo, al menos racional, hasta ahora conocido como Estado” (Neumann 1984: 543). En el nacionalsocialismo, a diferencia del fascismo italiano –Franz Neumann ya ha analizado esta diferencia, percibida por los propios nacionalsocialistas (104 y ss.; cf. Breuer 1985: 204 y ss.)–, no solo se eliminó el Estado sometido al derecho universal (como sucede en el Estado total), sino que incluso el propio Estado en cuanto soberano fue atacado por el movimiento que competía con él. El “monopolio del poder político” (542) en el Estado se disolvió y se dividió entre los

grupos dirigentes, que al final se mantuvieron unidos por el “poder del *Führer*” (543). Esto fue tanto el resultado de la praxis concreta de dominación en condiciones de acumulación desenfrenada de poder de grupo, como algo inherente a la propia ‘teoría del Estado’ nacionalsocialista: “Para el derecho natural de la comunidad [del nacionalsocialismo], el Estado no es más que la forma secundaria de expresión de la unidad primaria de todos los camaradas nacionales (*Volksgenossen*). La comunidad étnica (*Volksgemeinschaft*) es una formación biológica que existe incluso cuando no está organizada como Estado”. (Fraenkel 1974: 167)

Estas y otras diferencias entre el país de origen del fascismo y la dictadura nazi – el mantenimiento de la importancia de las viejas élites de poder en la Italia fascista, el peso secundario del antisemitismo, la menor potencia económica y (derivado de ello) que al final se produjera una capitulación en lugar de una agresión autodestructiva– llevan repetidamente a rechazar un concepto genérico de fascismo. Estas diferencias de peso están efectivamente presentes y la acusación de fascismo que se hace rápidamente, sobre todo por parte de la izquierda –que se sustituye cada vez más por una omnipresente sospecha de antisemitismo, que también trivializa el problema– elimina las diferencias y es trivializadora. No obstante, hay buenas razones para adherirse a un concepto general de fascismo (cf. Kershaw 1999: 69 y ss.; Wippermann 1997: 92 y ss.) y entender el nacionalsocialismo como una *variante alemana del fascismo*, que sin duda representa su forma más terrorista y destructiva. En consecuencia, el nacionalsocialismo alemán no queda fuera de esta tendencia social general e incluso su antisemitismo de exterminio no es excepcional, como demuestran los movimientos fascistas de Europa del Este que apoyaron con todas sus fuerzas el exterminio de los judíos europeos; tampoco el antisemitismo racial surge de un carácter ‘alemán’, sino históricamente de procesos de modernización político-social y de su tratamiento ideológico (étnico-nacionalista) que se remontan mucho más allá del movimiento nazi. La violencia infernal del fascismo nazi es más bien el resultado de su singular potencial destructivo económico y político-militar, que le permitió llevar sus fantasías bélicas de poder mundial y su instinto destructivo agresivo a un extremo sin precedentes dentro del fascismo. Al igual que el antisemitismo moderno, el nacionalsocialismo se mantiene dentro de aquel continuo de potencial de (auto)destrucción y aniquilación que la sociedad capitalista contiene en sí misma (cf. Breuer 1985: 222s.).

Las objeciones a una interpretación del fascismo que incorporan la crítica del capitalismo están relacionadas a menudo con la historia de la mentalidad y la ideo-

logía y proceden de científicos sociales liberales y socialdemócratas como Ralf Dahrendorf, Hans-Ulrich Wehler o August Winkler (cf. críticamente Eley 1988: 113 y ss.): en la Alemania políticamente atrasada, las masas fascistas tendrían en su mayoría una conciencia pre-capitalistas. Por lo tanto, el fascismo no triunfó en los viejos países del capitalismo con tradición liberal, sino en aquellos que se modernizaban rápidamente y tenían que luchar con los correspondientes conflictos sociales y culturales. Para un destacado historiador alemán que hace un uso bastante burdo de los conceptos epocales como es Winkler, con una orientación explícitamente antimarxista, esto significa consecuentemente que “las razones por las que la democracia se liquidó en Alemania en el curso de la crisis económica mundial, pero permaneció intacta en las demás sociedades industriales desarrolladas, no radican tanto en el curso de la crisis en sí como en los diferentes pasados preindustriales de estos países. Las condiciones en las que surgió el fascismo tienen al menos tanto que ver con el feudalismo y el absolutismo como con el capitalismo.” (Winkler 1978: 83) La falta de una tradición liberal y democrática, así como de las correspondientes instituciones políticas, procedimientos y valores, sería, pues, el problema, no el capitalismo como tal. El fascismo no solo era antimarxista, sino también antiliberal, antidemocrático y en parte anticapitalista. En cualquier caso, no se centró en la producción capitalista de plusvalía, sino en la comunidad étnico-nacional racializada y el *Reich* imperial. Según esta interpretación, el anticapitalismo romántico, la conciencia supremacista y la comunidad étnica (*Volksgemeinschaft*) son productos de la conciencia *pre-moderna*, pero no de un capitalismo liberal desarrollado y de una democracia y sociedad civil acordes con él.

De hecho, la modernización capitalista y la crisis económica mundial no pueden explicar por sí solas ni el nacionalsocialismo ni la propagación del antisemitismo. Demasiado diferentes fueron las respuestas de las naciones capitalistas desarrolladas a los conflictos sociales fundamentales y a los procesos de desintegración, que ciertamente, vistos de modo abstracto, compartían. A esto responde la tesis de la vía especial (*Sonderweg*) alemana hacia la modernidad que acabo de esbozar. Sin embargo, el alcance del poder explicativo de la tesis de la vía especial es cuestionado con razón en la historiografía (cf. Eley 1980: 7 y ss.; Grebing 1986: 11 y ss.), ya que, por un lado, supone un “vía normal” (Grebing 1986^a: 137; cf. en general Eley 1980 así como 1988: 119, 135; 1991: 24 ss.) del desarrollo de la modernidad históricamente imposible de identificar y, por otro lado, a menudo infravalora el potencial de modernidad de la historia alemana y subestima los paralelos existentes entre

Alemania y “Occidente” (cf. Franzen 1986: 73-75; Eley 1980: 29 ss. y 51 ss.). En el caso del Imperio Guillermino, por ejemplo, no estamos ante una estructura estatal anticuada, feudal-absolutista, sino ante un Estado “*específicamente moderno*”, “fundado sobre la economía capitalista más dinámica de Europa” (Eley 1991: 25; cf. 23). Además, también es cuestionables desde el punto de vista de la crítica materialista de la dominación, ya que la variante afirmativa-teleológica de la tesis de la vía especial (cf. Eley 1980: 13 ss.) supone una “identidad entre capitalismo y democracia” (Grebing 1974, 73), que es (histórica y sistemáticamente) insostenible (cf. Eley 1980: 26 ss. y 56; 1988: 135; 1991: 24). No hay duda de que no se puede negar la relevancia de ciertas tendencias históricas básicas para iluminar la relación ambivalente entre el capitalismo y el fascismo. Las circunstancias históricas particulares de Alemania, que incluyen las tradiciones políticas y los patrones de valores culturales (Estado autoritario antiliberal, nacionalismo étnico (*völkisch*), concepto romántico del Estado, tradiciones antidemocráticas y antiindividualistas, corporativismo económico y obsesión por el trabajo), así como los actores intervinientes (en la República de Weimar), deben tenerse en cuenta en la misma medida, por muy difícil que sea sopesarlos en detalle. Sin embargo, el nacionalsocialismo no puede explicarse más por ellos que por la socialización capitalista en general caracterizada por las crisis. La tesis de la vía especial critica con razón el funcionalismo a-histórico de la teoría del fascismo crítica con el capitalismo. Pero no por ello deja de tener pies de barro.

La objeción más elaborada de la izquierda a la tesis de vía especial no vino ni viene de la propia Alemania, sino concretamente de Geoff Eley. El trabajo de Eley se beneficia sobremanera del hecho de que está saturado de datos históricos y de ninguna manera cae en un marxismo deductivo que piensa que puede derivar el fascismo del capitalismo. Más bien, Eley refuta la tesis de la vía especial sobre la base de unos datos históricos concretos. En su artículo fundamental “La vía especial alemana y el modelo inglés” de 1980³, Eley ya señaló que la historiografía alemana se basa en una imagen anticuada de la historia inglesa (1980: 15 y ss. y 37 ss.), que, además, la estiliza falsamente como un tipo ideal de desarrollo (cf. 11 ss.); en muchos aspectos, puede constatarse que Inglaterra siguió una vía especial (así también el “marxismo político”; cf. Teschke 2007: 228 ss.). Como deja claro el trabajo de Eley, se trata evidentemente de la dialéctica de lo universal y lo parti-

³ Eley (1991: 16 y ss.) describe el estado de confusión entre política y ciencia con que se topó su artículo en Alemania.

cular en la historia, que se ha desarrollado en Alemania e Inglaterra de forma muy específica. En Inglaterra tenemos prefigurada la tendencia general del desarrollo capitalista, pero en sus “manifestaciones históricamente concretas [...] ha sido tan sui generis como en Alemania o Francia” (Grebing 1974: 62).

Es un hecho que Eley no niega lógicamente que el nacionalsocialismo fue el resultado de la historia alemana (cf. también sus contribuciones a la investigación del nacionalsocialismo, 2013). Pero, por un lado, dicha historia está referida al contexto histórico general más amplio de la implantación del modo de producción capitalista y no a una modernización armoniosa con el *telos* ‘natural’ de la democracia liberal; una suposición que puede calificarse con seguridad de ficción ideológica que no tiene en cuenta la realidad de la naturaleza contradictoria de la socialización capitalista. Y, en segundo lugar, las “estructuras a largo plazo” (Eley 1988: 140) de la historia alemana, sin duda existentes, pueden remitirse a un marco político-económico y a unas condiciones de acción muy concretos (especiales) de la República de Weimar, que no pueden derivarse ya de las revoluciones fallidas del siglo XIX, del imperio autoritario y de otras características nacionales. Eley resume acertadamente este estado de cosas en su crítica a los historiadores alemanes de la vía especial: “De este modo, el fascismo prosperó bajo las condiciones de una crisis política general en sociedades cuya dinámica ya era capitalista [...] pero en las que el Estado era incapaz de mantener la cohesión social en términos organizativos. [...] Aunque dicha crisis suele asociarse a la Gran Depresión posterior a 1929, la crisis política de posguerra de 1917 a 1923 fue igualmente significativa” (136f., cf. 1991: 212 y ss.). El nacionalsocialismo (al igual que el antisemitismo) no es, por tanto, ni el resultado de las peculiaridades (autoritarias-antiliberales) alemanas, que pueden remontarse a las fallidas revueltas campesinas del siglo XVI, ni lo contrario del “buen” y “normal” desarrollo capitalista de modernización social. El nacionalsocialismo es más bien un resultado posible de su historia, que ni se hizo realidad en suelo alemán por casualidad, ni que surge de él, por así decirlo, por ley natural. Más bien, en la historia alemana de la socialización capitalista se procesaron sus tendencias generales de manera especialmente destructiva en la primera mitad del siglo XX.⁴

⁴ No fue hasta que terminé de escribir este ensayo (julio de 2021) que me encontré con el libro de Michal Herer *On Fascism and Capitalism* (2020). Las observaciones de Herer coinciden en gran medida con las mías, en el sentido de que también destacan tanto los orígenes capitalistas como la función procapitalista del fascismo, así como la amplia destrucción de los principios capitalistas de socialización bajo el nacionalsocialismo.

II

Para la teoría materialista, cada detalle histórico es significativo. Esto no es así solo porque el postulado *a priori* de una jerarquía entre ellos reproduciría valoraciones idealistas de la dignidad de las cosas. Aún más importante para el sentido materialista de los hechos es la finalidad práctica última de la teorización materialista. Para una teoría que ni se entiende a sí misma una obra de encargo de la praxis ni un plan maestro para ella, pero ciertamente sí un medio para la clarificación de la praxis emancipadora concreta, la idea regulativa de un conocimiento de la totalidad es decisiva. Ella debe clarificar la conexión entre las tendencias históricas a largo plazo, las estructuras sociales básicas, su tratamiento ideológico y sus correlatos (socio-)psicológicos, las situaciones políticas concretas y los campos de acción hasta el papel del azar en la historia. Solo de este modo tan complejo puede interpretarse racionalmente el proceso histórico como tal, así como las situaciones y acontecimientos históricos singulares. El requisito para ello es una teoría que, como momento sintético del conocimiento, penetre e interprete el inabarcable conjunto de hechos históricos. Solo en muy pocos y triviales casos, el material que ha llegado hasta nosotros habla un lenguaje inequívoco; la autoevidencia es una excepción. Sin embargo, lo que distingue a la teoría válida de las narraciones arbitrarias no es otra cosa que la referencia a los hechos, que es el material que debe comprender la teorización. Esta no puede sustraerse a ellos, debe corregirse constantemente en relación con ellos y, sin embargo, representa al mismo tiempo la única posibilidad de interpretar sistemáticamente el material. No hay conocimiento sin teoría. Sin el momento especulativo de todo conocimiento, incluso la más enorme colección de datos de la historia o de las ciencias sociales permanece ciega. Por ejemplo, estamos tan (sobre)informados sobre el fascismo en las ciencias históricas que ni siquiera los historiadores especializados pueden estar al tanto de todos los resultados de la investigación.⁵ Sin embargo, incluso en el futuro, ningún documento histórico podrá aclarar completamente la relación entre el fascismo y el capitalismo. No se trata

⁵ Para la historia económica, basta con remitirse al extenso estudio de Adam Tooze (2007). En cuanto a la investigación materialista sobre el fascismo, por otra parte, habrá que admitir que no ha hecho ningún progreso significativo en más de cuatro décadas. El conjunto de trabajos sigue siendo manejable.

de un alegato acríptico a favor de la rehabilitación de las *fake-news* (pseudocientíficas), ni de una exoneración de la desastrosa política de los círculos dirigentes, que ya demostró Franz Neumann a principios de los años 40 con infinidad de fuentes. Sin embargo, el factor decisivo en esta cuestión no es un hecho empírico, sino su penetración e interpretación teórica. En este sentido, no hay ninguna razón decisiva para dudar de la sostenibilidad de los supuestos centrales de la teoría materialista del fascismo y no afirmar claramente el carácter ampliamente ideológico de la hipótesis liberal de la ‘vía especial’.

Al mismo tiempo, los límites fundamentales de la investigación histórica empírica se ponen de manifiesto en este contexto. En sentido estricto, no puede explicar ningún acontecimiento histórico de forma completamente causal, sino que solo puede interpretarlo adecuadamente a partir de una evidencia empírica lo más amplia posible, que es precisamente la tarea y el logro sintético de la teoría, cuyo momento especulativo no es ni poesía ni arbitrariedad. En principio, el análisis histórico causal está siempre sujeto a un *regressus ad infinitum*, ya que siempre se pueden investigar más causas; el carácter extenso de muchos estudios históricos detallados es una ilustrativa expresión de ello. Por ejemplo, quien haya llegado hasta las Guerras de los Campesinos y visto en ellas el origen de la historia de sumisión alemana tendrá que buscar también las causas de su desenlace, lo que significa que entonces hay que remontarse aún más en la historia. Romper la cadena de causas y efectos es necesario desde el punto de vista pragmático de la investigación y arbitrario en principio. Al final, lo que no es una exageración polémica, sino una clara indicación del problema, se llegaría o al Big Bang o al acto divino de la creación. Además, si se afirma un curso estrictamente causal de la historia, esto implicaría una predestinación determinista de todos los acontecimientos, que tendría que estar prácticamente ya contenida en el principio.

El materialismo crítico rompe decisivamente con esta metafísica (de la historia), que no solo se encuentra en la teología, sino que también subyace a la moderna reducción naturalista de la historia a evolución. Reconoce la consistencia retrospectiva del proceso histórico y sabe de los múltiples factores causales en la historia. Si la historia se le disolviera en azar y la ciencia histórica se redujera a narraciones que, desde el punto de vista categorial, no se diferencian de la poesía, no sería materialismo, sino una ontología de la contingencia no menos obsoleta, que solo representaría la negación abstracta del determinismo histórico teológico o evolucionista. Los límites del conocimiento histórico se fijan más bien con el concepto

mismo de historia, que es cualitativamente distinto del acontecimiento de la creación y de los procesos evolutivos. Incluso un ficticio conocimiento exhaustivo de las relaciones de causa y efecto desde el origen del universo hasta nuestro presente no sería suficiente para explicar la historia, ya que tiene una dimensión no causal. Para no desviarnos del tema, el nacionalsocialismo es un resultado tan posible de la historia moderna alemana y europea como el estado constitucional democrático liberal y la economía social de mercado. Sin embargo, ni lo uno ni lo otro son un producto necesario de la socialización capitalista en general o de desarrollos históricos específicos a largo plazo y contingencias históricas en particular. Se trata más bien de posibilidades históricas que están mediadas por infinidad de circunstancias (que también actúan causalmente) y que ciertamente no son arbitrarias, pero cuya realización no está decidida ni por las leyes de valorización del capital, ni por estructuras históricas profundas, ni por meras coincidencias y accidentes históricos, sino en última instancia por la praxis humana.

Si no fuera así, toda reflexión teórica sobre la historia carecería de sentido. Sería la crónica de lo inevitable, que imposibilita cualquier intervención práctica o la (pre)determina siempre, por más que se acompañe de ilusiones de libertad de los actores actuantes. El hecho de que también somos víctimas de la historia es incuestionable, ya que, como es bien sabido, no la hacemos en absoluto en circunstancias libres y elegidas por nosotros mismos. Que lo somos exclusivamente, en cambio, es una tesis metafísica en declive, independientemente de que se argumente económica o históricamente, de manera determinista o de desde una teoría de la contingencia. La praxis es el nombre de esa dimensión de la historia que no solo la distingue cualitativamente de los procesos naturales, sino que al mismo tiempo marca el límite principal de las explicaciones científicas causales. La relación entre el fascismo y el capitalismo, así como la cuestión de sus causas, es solo un ejemplo entre otros innumerables. Un análisis materialista de la historia es consciente de este límite, que no solo pone barreras de principio al conocimiento, sino que al mismo tiempo da testimonio de la apertura de la historia, que no es ni naturaleza ni *fatum*. Lo que puede parecer una carencia de todo conocimiento historiográfico no solo es expresión de que en la historia no solo actúa el azar como coincidencia acausal de cadenas de acontecimientos determinados ellos mismos causalmente, sino también en todo momento la capacidad de libertad, por muy rudimentaria que sea su realización hasta el momento. El reconocimiento categorial de la “legitimidad del azar. Como (también la libertad, etc.)” (MEW 42, 43) distingue conse-

cuentemente al materialismo crítico de todos los determinismos metafísicos (teológicos, naturalistas, positivistas, socio-economicistas, psicólogos, etc.), sin disolver el mundo en contingencia con arrogancia posmoderna, confundiendo la teoría con la poesía y denunciando el conocimiento historiográfico como narrativas arbitrarias, de las cuales las más poderosas política y culturalmente serían entonces también las más válidas.

Traducción del alemán de José A. Zamora

REFERENCIAS

- ASBACH, Olaf (1997): *Kritische Gesellschaftstheorie und historische Praxis : Entwicklungen der Kritischen Theorie bei Max Horkheimer 1930 - 1942/43*, Fráncfort et al: Peter Lang.
- BRAUNSTEIN, Dirk (2011): *Adornos Kritik der politischen Ökonomie*, Bielefeld: transit.
- BREUER, Stefan (1985): *Aspekte totaler Vergesellschaftung*, Freiburg: Ça-Ira.
- BREUER, Stefan (2001): *Ordnungen der Ungleichheit – die deutsche Rechte im Widerstreit ihrer Ideen 1871-1945*, Darmstadt: WBG.
- BREUER, Stefan (2004): “Ernst Fraenkel und die Struktur faschistischer Herrschaft. Zur Kritik der Doppelstaatstheese”, en Aden, Hartmut (ed.): *Herrschaftstheorien und Herrschaftsphänomene*, Wiesbaden: VS Verlag, 39-53.
- EICHHOLTZ, Dietrich (1980): Faschismus und Ökonomie. Zu Problemen der Entwicklung der Produktionsverhältnisse unter der faschistischen Diktatur, en Id./Gossweiler, Kurt (eds.): *Faschismusforschung. Positionen, Probleme, Polemik*, Berlin (Este): Akademie Verlag, 49-72.
- ELEY, Geoff (1980): “Deutscher Sonderweg und englisches Vorbild”, en Id./Blackbourn, David: *Mythen deutscher Geschichtsschreibung. Die gescheiterte bürgerliche Revolution von 1848*, Fráncfort, Berlín, Viena: Ullstein, 7-70.
- ELEY, Geoff (1988): “Wege zum Faschismus. Vorindustrielle Traditionen oder Krise des kapitalistischen Staates”, en Maderthaner, Wolfgang/Gruber Helmut (eds.): *Chance und Illusion Illusion. Labor in Retreat. Studien zur Krise der westeuropäischen Gesellschaft in den dreißiger Jahren*, Wien, Zurich: Europa Vlg., 111-150.
- ELEY, Geoff (1991): *Wilhelminismus, Nationalismus, Faschismus. Zur historischen Kontinuität in Deutschland*, Münster: Westfälisches Dampfboot.
- ELEY, Geoff (2013): *Nazism as fascism. Violence, ideology, and the ground of consent in Germany 1930 – 1945*, Londres: Routledge.
- FRAENKEL, Ernst (1974): *Der Doppelstaat*, Fráncfort: Europäischen Verlagsanstalt.

- FRANZEN, Hans-Joachim (1986): Die Entstehung der bürgerlichen Gesellschaft und die industriekapitalistische Modernisierung im europäischen Vergleich – ein Weg oder viele? in: Grebing, Helga et al.: *Der deutsche Sonderweg in Europa 1806 – 1945. Eine Kritik*, Stuttgart et al.: W. Kohlhammer, 23-74.
- GANGL, Manfred (1987): *Politische Ökonomie und kritische Theorie. Ein Beitrag zur theoretischen Entwicklung der Frankfurter Schule*, Fráncfort et al.: Campus.
- GREBING, Helga (1974): *Aktuelle Theorien über Faschismus und Konservatismus. Eine Kritik*, Stuttgart et al.: W. Kohlhammer.
- GREBING, Helga (1986): “Einleitung: Der deutsche Weg – ein Sonderweg?” en Grebing, Helga et al.: *Der deutsche Sonderweg in Europa 1806 – 1945. Eine Kritik*, Stuttgart et al.: W. Kohlhammer, 11-22.
- GREBING, Helga (1986a): Preußen – Deutschland – die verspätete Nation?, en Grebing, Helga et al.: *Der deutsche Sonderweg in Europa 1806 – 1945. Eine Kritik*, Stuttgart et al.: W. Kohlhammer, 76-136.
- HENNIG, Eike (1973): *Thesen zur deutschen Sozial- und Wirtschaftsgeschichte 1933-1938*, Fráncfort: Suhrkamp.
- HENNIG, Eike (1974): “Zum Verhältnis von Industrie und Faschismus in Deutschland”, en Kühnl, Reinhard (ed.): *Texte zur Faschismusk Diskussion 1*, Hamburgo: Rowohlt, 140-163.
- HENNIG, Eike (1982): *Bürgerliche Gesellschaft und Faschismus in Deutschland. Ein Forschungsbericht*, 2ª ed., Fráncfort: Suhrkamp.
- HERER, Michal (2020): “On Fascism and Capitalism”, *New Proposals: Journal of Marxism and Interdisciplinary Inquiry*, Vol. 11, No.1, S. 48-58.
- HIRSCH, Joachim (2014): “Staatskapitalismus? Zur Kontroverse zwischen Friedrich Pollock, Max Horkheimer und Franz Neumann in Bezug auf den Charakter des nationalsozialistischen Systems”, en Ruschig, Ulrich/Schiller, Hans-Ernst (eds.): *Staat und Politik bei Horkheimer und Adorno*, Baden-Baden: Nomos, 60-72.
- HOFFMANN, Jürgen (2009): *Politisches Handeln und gesellschaftliche Struktur. Politische Soziologie der europäischen und der deutschen Geschichte*, 3ª ed. Münster: Westfälisches Dampfboot.
- HORKHEIMER, Max (1988): “Die Juden und Europa”, en Max Horkheimer *Gesammelte Schriften* Vol. 4. Fráncfort: Fischer, 308-331.
- HORKHEIMER, Max (2003): “Autoritärer Staat”, en Max Horkheimer *Gesammelte Schriften* Bd. 5, Fráncfort: Fischer, 293-319.
- KERSHAW, Ian (1999): *Der NS-Staat. Geschichtsinterpretationen und Kontroversen im Überblick*, nuev. ed., Hamburgo: Rowohlt.
- NEUMANN, Franz L. (1984): *Behemoth. Struktur und Praxis des Nationalsozialismus 1933 – 1944*, Fráncfort: Fischer.
- PEUKERT, Detlev J.K. (1982): *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde. Anpassung, Ausmerze und Aufbegehren unter dem Nationalsozialismus*, Colonia: Bund-Verlag.
- POSTONE, Moishe (2003): *Zeit, Arbeit und gesellschaftliche Herrschaft. Eine neue Interpretation der kritischen Theorie von Marx*, Freiburg: Ça-ira.

- ROTERMUNDT, Rainer (1980): *Verkehrte Utopien. Nationalsozialismus, Neonazismus, Neue Barbarei*, Fráncfort: Verlag Neue Kritik.
- SALDERN, Adelheid von (1983): "Permanente Krise? Stabilität und Instabilität des Herrschaftssystems im deutschen Faschismus", *Probleme des Klassenkampfes. Zeitschrift für politische Ökonomie und sozialistische Politik* 52, 79-102.
- SCHÄFER, Gert (1984): "Franz Neumanns Behemoth und die heutige Faschismuskussion", en: Franz L. Neumann: *Behemoth. Struktur und Praxis des Nationalsozialismus*, Fráncfort: Fischer, 663-776.
- TESCHKE, Benno (2007): *Mythos 1648. Klassen, Geopolitik und die Entstehung des europäischen Staatensystems*, Münster: Westfälisches Dampfboot.
- TOOZE, Adam (2007): *Die Ökonomie der Zerstörung. Die Geschichte der Wirtschaft im Nationalsozialismus*, München: Siedler Verlag.
- WALLAT, Hendrik (2015): *Fundamente der Subversion. Über die Grundlagen materialistischer Herrschaftskritik*, Münster: Unrast Verlag.
- WINKLER, Heinrich August (1978): *Revolution, Staat, Faschismus. Zur Revision des historischen Materialismus*, Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht.
- WIPPERMANN, Wolfgang (1997): *Faschismustheorien. Zum Stand der gegenwärtigen Diskussion*, 5ª ed., Darmstadt: WBG.